

ELOGIO DE LA TERNURA EN EDUCACIÓN



ALBERT CAMPILLO

La actual crisis global supone la remodelación de todas las instituciones que tienen como matriz la escala humana y la reciprocidad de lo común: el trabajo, la familia, el campesinado o la escuela. “Por decencia, conciencia y conveniencia”, dice el autor, esta es la ocasión propicia para transformar nuestra escuela. La energía para hacerlo se encuentra en la cooperación, la ternura y la sobriedad alegre, que constituyen el “humus” de la educación.

DANIEL JOVER

Equipo Promocions. Miembro del Instituto Paulo Freire y de la Red de Economía Solidaria.

“La gran alternativa al miedo está al lado de la alegría”

-Spinoza-

Educación, según Giner de los Ríos, es dirigir con sentido la propia vida. Esta definición nos brinda algunas claves de futuro, porque necesitamos superar el modelo productivo centrado en la acumulación ilimitada y la mercantilización de la vida. La cuestión central a responder no es “¿qué voy a hacer en la vida?”, sino “¿qué voy a hacer de mi vida?”. En efecto, este sistema económico se fundamenta en la radicalización del individualismo posesivo y en la competencia de todos contra todos, en aras de una competitividad presentada como natural e irreversible. No debemos permitir que se pulverice la esencia de lo que somos, algo que constituye tanto nuestra humanidad como la materia prima de la educación: la amorosidad, los afectos, la ayuda y el cuidado mutuo.

La apuesta por la ternura en la educación se fundamenta en la ética de la cooperación y la solidaridad frente a la lógica de la competitividad y el individualismo. La ternura, más que un sentimiento, puede constituir un verdadero antídoto para los comportamientos agresivos que se dan en entornos de violencia y resignación. Paradójicamente, ahora que vivimos la mayor crisis sistémica y global, las actitudes y disposiciones para proponer ideas de educación y culturas alternativas están bajo mínimos.

La ternura, más que un sentimiento, puede constituir un verdadero antídoto para los comportamientos agresivos

Debemos desmitificar la concepción de riqueza asociada exclusivamente a la obtención o consumo de valor monetario. La verdadera riqueza no se centra solo

en producir bienes y servicios, sino también subjetividad y reciprocidad; lazos sociales y vínculos comunitarios, cultura, afectos y solidaridad. Y este tesoro lo descubrimos gracias a la educación, cuando es esperanzada. A esa esperanza generadora de la alegría de amar es a la que nos referimos. No se puede confundir la esperanza con la vana ilusión, la avaricia, la impaciencia, o la *hybris* griega, que significa desmesura, exceso o arrogancia ciega. La esperanza es el modo más adecuado de tratar con el tiempo, ayuda a proporcionar el sentido de la historia, construye la continuidad en la vida. La escuela que apuesta por la ternura proporciona Tiempo al tiempo.

Crisálidas de la metamorfosis necesaria en la educación

Crisálida es el proceso de metamorfosis por el cual el gusano se encierra en su propio capullo hasta transformarse en mariposa. Con esta metáfora significativa, la crisis representa la oportunidad de un proceso crítico, de depuración y mutación de lo esencial; solo queda lo verdadero; lo accesorio y accidental, sin sustentación, cae. Tal vez podamos reflexionar sobre la situación de crisis sistémica y global, para que se transforme el sistema, depure los excesos y emerja, transformada, otra realidad diferente. La crisis tendría, por tanto, una función purificadora, abriría espacio para otra oportunidad de educación, producción y consumo, transformaría de raíz determinados valores y presupuestos ideológicos que sustentan el capitalismo financiero global y produciría una mutación de la cultura y la organización vigente del trabajo, la educación, la economía y el mercado. Porque la manera de producir y consumir configuran la identidad personal y la cultura, de tal modo que esa mentalidad dominante convierte las necesidades humanas en deseos y apetencias ilimitadas, en una espiral infernal mercantilizadora: todo nuestro tiempo al servicio de la producción, para poder consumir configurando los mundos de la negación y el dolor, inventados por la nece-

dad y la avaricia, sometidos al imperio del utilitarismo coyunturalista, ciego a las consecuencias.

Educar la conciencia común de humanidad compartida

Las irracionales formas de producir, consumir y trabajar, impuestas por la globalización capitalista, han eliminado la noción de límite y biodiversidad, haciendo insostenible el sistema. Pero lo peor es que en su profunda inmoralidad eliminan la ética humanitaria y van cegando las fuentes de nuestra humanidad: el amor, la confianza y la esperanza, que nos constituyen como seres humanos con capacidad de construir alternativas globales. Sabemos que sin ternura, creatividad ni solidaridad no sabremos diseñar cambios. Sin imaginación ni compromiso social quedaremos presos en el vano conformismo, para que vuelva a reactivarse el mismo modelo de crecimiento que ha provocado el desastre actual.

Debemos criticar la tendencia a banalizar la tragedia humanitaria y ecológica que acompaña a las desgracias sociales y económicas que vivimos. La actual crisis hunde sus raíces en la conmoción de nuestra civilización. Históricamente se ha comprobado que la amorosidad, la audacia, la inteligencia colectiva y la imaginación han sido decisivas en la construcción de respuestas solidarias. Los sueños de una humanidad fraterna, para construir una sociedad responsable y solidaria, los han inspirado ideas decentes, y proyectos que, a lo largo de la historia, han imaginado hombres y mujeres deseosos de una vida digna, que han puesto en práctica la fuerza del amor y la cooperación. Cuantas veces el mundo ha estado al borde del precipicio, la fuerza de la solidaridad y la imaginación de la humanidad han alentado sueños y palabras capaces de reinventar e innovar nuestras propias soluciones, porque el amor es constitutivo de nuestra condición humana. Lo necesitamos para regenerar nuestra sociedad y para reinventar nuestro sistema educativo.

El amor es lo que somos: fundamento de la educación

Gracias a la cultura y a la educación podemos afirmarnos y expresarnos como seres libres y solidarios que construimos y mejoramos nuestras comunidades. Precisamente todas las tradiciones y culturas populares han otorgado un valor a lo simbólico y a la imaginación. La idea de que el amor es lo que somos no es nueva. Es, en realidad, muy antigua y, de hecho, se encuentra en el corazón de la sabiduría perenne, de modo que puede encontrarse en el núcleo de todas las religiones. La literatura y las artes en general ayudan a que los pueblos se reconozcan en el valor del amor, el sacrificio, la estética y la belleza. Con su expresividad, y aportando otras miradas, pueden crear otras dimensiones que no se ven con los ojos acostumbrados solo a lo conocido; prefigurar realidades deseadas: ver y experimentar que el amor es la esencia de nuestro ser, de nuestra humanidad, porque el amor no es una emoción específica, ni un estado mental transitorio, sino nuestra sustantividad. En lo concreto y fundamental de lo que hacemos está implicada toda la esencia de lo que somos. Y lo que somos se sustancia y expresa en lo que hacemos. Lo más importante es la praxis de la esperanza y la práctica de la cooperación, porque las obras reflejan siempre la validez de las ideas y lo más singular de nuestra mismidad. En la escuela elaboramos el significado de la ternura, como experiencia emocional básica que permite al alumnado descubrir los valores que fundamentan un auténtico clima convivencial.

Educar para liberar la energía y la capacidad de amar del ser humano

Las capacidades de anhelar, esperar y amar constituyen los rasgos más característicos de las personas. Son los fundamentos de la cooperación y la solidaridad, y urdimbre necesaria para tejer la convivencia y las relaciones. Suponen tensión dinámica y complementaria entre la transformación personal y la estructural-social.

Lo más difícil no es la producción económica, sino la organización de un modo de convivencia, basado en el respeto y la sustantividad democrática, que vaya más allá del mero vivir-soportarse-juntos, que tenga sentido y responda a la deman-

da fundamental de todo ser humano por la justicia. El deseo de encontrar un lugar en una historia que nos dé sentido, también nos confiere la libertad para llegar a ser lo que hayamos de ser. Todos los animales aprenden pero solo el ser humano, además, es capaz de educarse y educar. Los esfuerzos por aprender, perseverar, superar frustración, hacer actividades, juegos, decidir, enfrentarse a los obstáculos y superarlos tendrán como fruto una mayor autoestima y autonomía. Con la educación se adquiere conciencia de la propia capacidad de ser amado y aceptado. Se logra seguridad para saber enfrentarse a los problemas y regir la propia vida. Sabemos que, en toda metodología, el proceso de participación enriquece más que el resultado. El mejor método es aprender haciendo, sintiendo y pensando. La forma y los procedimientos tienen tanta importancia como el fondo. Se debe mantener la coherencia entre medios y fines. Toda experiencia humana, incluidos los fracasos, son susceptibles de aprendizaje mutuo y recíproco.

Sin cultura del respeto y de la responsabilidad no hay educación

La palabra "cultura" etimológicamente significa "cultivo". Era un símil con el trabajo campesino y su esfuerzo por cultivar la tierra, que consistía en cuidarla, prepararla y sembrarla: actividades necesarias para que diera fruto. También había que cuidar, preparar y sembrar conocimientos y actitudes en el espíritu humano de las nuevas generaciones. Cultura es cultivar: inculcar, influir en el alma de la infancia para plantar las mejores semillas de normas y comportamientos considerados socialmente como buenos y necesarios. Igual que se trabajaba la tierra, se cuidaba el espíritu y el sentimiento, y se moldeaba dando forma: formando a los seres humanos.

Los actuales sistemas mediáticos de comunicación de masas influyen poderosamente mediante manipulaciones diversas de nuestra capacidad de entender y sentir. Se fomenta la Cultura del Consumismo y del Fetichismo. Nos encontramos en una época en la que escuela queda asediada e invadida por esa mezcla de intereses políticos, económicos y mediáticos, fusionados por la finalidad de lucro que se conjura para corromper los cerebros y las conciencias de niños y adolescentes, así como

Lo más difícil es la organización de un modo de convivencia que vaya más allá del mero vivir-soportarse-juntos

para modelar las emociones de ciudadanos cada vez más pasivos y sumisos al orden dominante, que excluye el respeto y la ternura en nuestras relaciones. En la escuela necesitamos la autoridad democrática para que sea efectiva la afectividad y la convivencia, la confianza y el cuidado, el respeto y la responsabilidad.

Educación contra el miedo

El paradigma de la complejidad forma parte de una visión del mundo y de la humanidad más rica y extensa que el uniformismo racionalista y reductor. Este paradigma plantea que todo está interrelacionado y ninguna esfera es autónoma y autosuficiente. El principio de interdependencia se combina con el de responsabilidad cooperativa en cualquier propuesta de mejora. Educación propositiva que supera el miedo y la queja permanente.

Sabemos que es necesario distanciarnos de la aparente tiranía de lo verosímil que nos lleva a aceptación de la ideología económica dominante como un hecho incontestable. El sistema financiero-mediático, a base de repetir hasta la saciedad noticias negativas y mensajes catastrofistas, exalta determinadas pasiones: miedo, inseguridad, afán de posesión y consumismo, pero anestesia la conciencia crítica y solidaria. Logra transformar a nuestros semejantes en seres "amenazantes". Esta función contribuye a agudizar las desigualdades y la polarización social y territorial. La dimensión irracional y pasional está omnipresente tanto en la sociedad como en la escuela. No podemos abstraernos de estas cuestiones de orden emocional, cultural y pasional que tanto afectan al sistema educativo. Los cambios necesarios y deseables no se reducen, pues, a cues-

tiones técnicas o de procedimiento. Implican conflictos de poder, revisión de los valores éticos, metas culturales y sociales, y estilos de vida dominantes. La solidaridad y la cooperación ayudan a superar el miedo, al sentir la fuerza de la reciprocidad y al sentirse seguros y acogidos.

Educar la capacidad de pensar, pensando en los demás

La apuesta por aprender a pensar y decidir no se improvisa. Requiere paciencia. Supone propósito y compromiso para desarrollarla. La formación que educa es lo contrario a la formación que deforma y aliena. La educación es siempre actividad intencional y orientada a que la gente aprenda a ser, a saber vivir y convivir. Para ello desarrollará la capacidad de pensar, de relacionarse, de analizar problemas y tomar decisiones. Supone actividad frente a pasividad; iniciativa frente a docilidad. La misión fundamental de la educación no puede seguir fijada en el acceso a las informaciones, sino en aprender a ser persona, estimular la creatividad y capacidad de pensar, saber relacionarse y convivir, respetando a los demás. Su esencia es hacer nacer en la persona la capacidad de hacerse cargo de sí misma de manera autónoma. Que pueda convertirse en sujeto consciente de su libertad, dueño de su relación consigo mismo, con los demás y con el mundo. Pero no valen recetas ni fórmulas infalibles. Este aspecto, tan complejo y sencillo, al mismo tiempo, aunque es crucial, no se puede enseñar ni transmitir autoritariamente, a diferencia de la información o los conocimientos, que incluso se pueden enseñar a distancia, con sistemas multimedia y con todas las posibilidades de acceso a las informaciones a través de la Red. No es un problema de "accesibilidad". Solo puede ser "suscitado" y estimulado a partir de la confianza y el sentimiento de la propia dignidad. Acontece cuando se descubre, con asombro, el derecho a la propia singularidad, porque se es respetado, aceptado y querido.

Educar en y para la sobriedad alegre

Si nos situamos en otra perspectiva alternativa, basada en la cooperación, la sobriedad alegre y la solidaridad, podemos ayudar a construir una respuesta a la

crisis global que sea realmente sistémica. Y esta respuesta pasa por articular la crítica a la insostenibilidad del modelo de crecimiento, con la exigencia ética de una vida digna y buena para toda la humanidad. El sueño de la justicia social y la igualdad pasa por la opción de la simplicidad y la austeridad, que se nutre de la ternura. Esas actitudes impulsan un arte de vivir que nos libera de la ansiedad bulímica consumidora-eufórica y consoladora-depresiva. Frente a los deseos de consumir y de posesión, la educación debería anteponer los deseos en el orden de Ser: aspiración a la felicidad, amor, serenidad, convivencialidad.

Esta visión integra en su plenitud la cuestión social y la ecológica con la dimensión espiritual y ética, propia de la condición humana. Todas las sabidurías y religiones tradicionales, a lo largo de la historia del pensamiento, se han planteado la búsqueda del sentido de la vida, la paz y la armonía entre los seres humanos y la naturaleza, así como los caminos que conducen a la felicidad. Existe una coincidencia de fondo en las respuestas y se configura un imaginario simbólico, en la humanidad, contra la violencia, la crueldad, la injusticia. En efecto, la común aspiración a la sobriedad y la alegría iba paralela a la renuncia de las riquezas y excesos de bienes materiales. Lo que tradicionalmente era de orden personal y privado se ha convertido en un reto político planetario. La ética personal requiere coherencia con la ejercida en la esfera pública y el sentido de la responsabilidad también comporta la dimensión testimonial y ejemplar.

Construir alternativas desde la solidaridad y la creatividad

Hölderlin, en *El Hiperión*, escribió: "¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo!". La escuela nueva, que los tiempos nuevos necesitan, también se puede regenerar desde las raíces de nuestra humanidad: ternura, sobriedad, cooperación y alegría son los mimbres para tejer la educación de un futuro que valga la pena. Sabemos que la acción humana no es predecible. Viene configurada por los valores y mentalidades que la condicionan; por el entorno y la educación que se recibe, y también por las iniciativas solidarias y la capacidad de organización en torno a pro-

puestas innovadoras. A través de las experiencias aprendemos. En general, nunca se puede prever el momento en que pasa algo importante, porque no se conoce hasta que ha pasado. Pero sí podemos conocer y estudiar tendencias, experimentando e innovando en la medida de nuestras posibilidades. Y así vemos "a modo de crisálidas de las metamorfosis en curso, multitud de iniciativas cooperativas y solidarias": cooperativas de producción y consumo responsables, cooperativas y asociaciones de mujeres que apuestan por el comercio justo y por mercados locales orientados por la soberanía alimentaria, empresas ciudadanas, agricultura campesina y ecológica, microcréditos y banca ética, monedas locales. Debemos invertir la hegemonía de lo cuantitativo en provecho de lo cualitativo, de la calidad de vida. Reconsiderar la noción de riqueza y de crecimiento.

¿Qué podemos hacer desde la escuela?

En la escuela podemos generar dinámicas innovadoras de participación e investigación, a partir del entorno: educar el sentido de la iniciativa y la cooperación, fomentar mini-empresas o la simulación empresarial con finalidades educativas, facilitar la orientación y transición de la escuela a la vida activa y el trabajo, favorecer la relación con las familias, a partir de los trabajos y oficios de los padres y madres. Podemos potenciar los lenguajes artísticos, la expresión musical, el teatro y los juegos como formas naturales de comunicación y relación, porque sin la formación humanística y artística no hay base de educación completa. En definitiva, se trata de abrirse a la vida y dejar que la vida y sus circunstancias económicas, cul-

La apuesta por aprender a pensar y decidir no se improvisa. Requiere paciencia, propósito y compromiso

turales y sociales se interrelacionen con la escuela, generando nuevas ocasiones y oportunidades de cambio, desburocratizando los aprendizajes.

Cuando el conformismo y la resignación parecen ser el remedio para las mayorías y el único dilema consiste en elegir entre lo malo o lo peor, es que estamos atravesando una crisis histórica. Tal como plantean Morin y Viveret, necesitamos reformas políticas, económicas, sociales, del pensamiento, educativas, de los modos de vida y de la propia moral y ética cívica. Sobre todo necesitamos una nueva cultura democrática centrada en la solidaridad y la justicia, que implique una profunda transformación de los comportamientos y mentalidades de personas, grupos y sociedades. Trascender ese imaginario simbólico fundado en el "tener", que estimula la adoración al "dios-dinero" y la idolatrización del consumismo, para alcanzar la ética del ser, la cooperación y la iniciativa solidaria. En relación con otros, uno descubre sus capacidades, necesidades y límites para desarrollar la propia libertad, de modo autónomo y consciente. La educación debe estimular la capacidad de soñar y construir escenarios inéditos, pero viables, tal como definía Freire la utopía. Para ello se requiere tiempo, paciencia y oportunidad. No se puede organizar en acciones formativas cortas. La construcción del proyecto personal y profesional exige voluntad y espacios propicios para ello y, sobre todo, conciencia de quererlo hacer. Porque se tiene esperanza y se confía en construir un futuro mejor.

Como decía Paulo Freire, "cuando se considera el futuro como algo dado de antemano, bien como repetición mecánica del presente o, simplemente, porque es lo que tenga que ser, no cabe la utopía ni, en consecuencia, el sueño, la elección, la decisión o la expectativa, que es el único modo de existencia de la esperanza. No cabe la educación, solo el entrenamiento".

Articular los principios de esperanza y de responsabilidad

En el sistema educativo necesitamos situar la alegría de vivir y el gozo de compartir en el corazón de los proyectos educativos, no solo para resistir mejor el maltrato del capitalismo y el productivismo ciego sino para facilitar la convivencia con todo el aspecto lúdico y cordial de la vida.

Además, en la escuela necesitamos cambiar nuestra relación con la riqueza y el dinero. También con el Poder y el Saber. Escuela como laboratorio vivo donde educar la potencia creativa y la capacidad de indignación cooperativa frente a la pulsión dominadora y el cinismo descarado.

La escuela constituye un territorio fértil para que se hundan en él los fundamentos de una nueva civilización más justa y solidaria

La educación de la esperanza y la ternura nos permite hacer emerger lo nuevo, protegiéndonos de los monstruos. Porque la historia ha sido testimonio de los efectos perversos desarrollados por determinadas ideologías pseudo-liberadoras, que al pretender combatir unas injusticias determinadas, provocaban otras peores. Las ideas cuando se generalizan, masifican y dogmatizan, ahogando la libertad y los derechos humanos, se convierten en lo contrario de lo que pretenden. Sabemos que no hay ideas emancipadoras si no se fundamentan en libertad, democracia real, transparencia, sentimientos de humanidad y fraternidad. Hay que aprender de las lecciones del pasado y de las experiencias desarrolladas en la práctica.

Necesitamos una apuesta educativa que sea también cívica y democrática, por la transformación radical de orden intelectual, emocional y ética. La escuela constituye un territorio fértil para que se hundan en él las raíces de un nuevo modo de vida económica y cultural, fundamentos de una nueva civilización más justa y solidaria. Apoyada por una nueva estructura institucional, jurídica y política, internacional, que asegure paz, seguridad y estabilidad. Con capacidad de regular los mercados con leyes y normas democráticas al servicio del bien común, los derechos humanos y la justicia ambiental. La educación tiene un papel esencial en este proceso. Sin ternura ni esperanza no se conseguirá nada y la escuela es la gran cazuela donde todo esto se está cocinando.

para saber más

- ▶ Domenech, Joan (2009): *Elogio de la educación lenta*. Barcelona: Graó.
- ▶ Jover, Daniel (2008): *Praxis de la Esperanza*. Educación, empleo y economía social. Barcelona: Icaria.
- ▶ Lledó, Emilio (2010): *Elogio de la infelicidad*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- ▶ Maturana, Humberto (2004): *El árbol del conocimiento: bases biológicas del entendimiento*. Buenos Aires: Lumen.
- ▶ Morin, Edgard y Viveret, Patrick (2010): *Comment vivre en temps de crisis*. París: Bayard (edición española en prensa: Lumen).
- ▶ Viveret, Patrick y Equipo Promocions (2004): *Reconsiderar la riqueza y el empleo*. Barcelona: Icaria.
- ▶ Zambrano, María (1979): *Los bienvenidos*. Madrid: Siruela.